

## CAPITULO VIII

### Ojeada sobre el estado.

438. El carácter demagógico y el designio de influir sobre las masas, es actualmente común á todos los partidos políticos; todos se hallan en la necesidad, en vista de ese designio, de transformar sus principios en grandes boberías pintadas al fresco sobre las muralas. Nada puede cambiarse en ello, y aun sería superfluo levantar un solo dedo en su contra, pues en esta materia se aplica la frase de Voltaire: *Cuando el populacho se mezcla en razonamientos, todo está perdido*. Después de haberse hecho aquel cambio, es necesario adaptarse á las nuevas condiciones, como hay que adaptarse cuando un temblor de tierra ha trastornado las demarcaciones y límites antiguos de la figura del suelo y modificado el valor de la propiedad. Por otra parte, si se trata en adelante de hacer la vida soportable al mayor número posible, es también asunto que corresponde á ese mayor número determinar lo que entiende por una vida soportable; si se cree con inteligencia suficiente para encontrar los verdaderos medios de llegar á este fin, ¿de qué le servirá dudar? *Quieren* para en adelante ser los propios causantes de su dicha y de su desgracia; y si este sentimiento de señoreamiento de sí mismos; si su orgu-

llo por las cinco ó seis ideas que encierra y pone de manifiesto su cerebro, les hace, en efecto, la vida tan agradable que soportan voluntariamente las consecuencias fatales del apocamiento de su espíritu, pocas objeciones hay que hacer, siempre que esa estrechez de espíritu no llegue hasta pedir que *todo* pertenezca á la política en este sentido, y que *todos* debamos vivir y actuar. Primeramente, es hoy más necesario que nunca que se permita á algunos retirarse de la política y caminar algo por sí solos; es allí adonde también á ellos les conduce el placer de ser dueños de sí mismos, y puede haber en ese deseo algo de jactancia en el callar cuando se hable demasiado ó se hable mucho. Se debe después perdonarles, si no toman tan á lo serio la dicha del mayor número, y si al oír hablar á los pueblos ó las clases populares responden con una mueca irónica; pues su lado serio se halla en otra parte, su dicha es otra concepción, y su fin no es el de ser arrastrados por una mano grosera, por el solo hecho de tener cinco dedos. Llega, por último—y esto es lo que se les concede con mayor dilación, pero que de todos modos tiene que concedérseles al fin y al cabo—un momento en que salen de su soledad taciturna, y ensayan una vez más la fuerza de sus pulmones; entonces se llaman á grandes voces como los extraviados en la selva, para hacerse reconocer é infundirse valor recíprocamente, y en esas voces de llamada, verdaderamente se oyen muchas cosas que suenan mal á los oídos de aquellos á quienes no están destinadas. Pero bien pronto renace la calma en la selva, calma en que se percibirá de nuevo el ruido, el zumbido, el revoloteo de los innumerables insectos que viven en ella, sobre ella y bajo de ella.

439. *Civilización y clase.*—Una civilización superior no puede nacer sino allí donde existen dos clases distintas de la sociedad: la de los trabajadores y la de los ociosos, capaces del odio verdadero, ó en términos más precisos, la clase del trabajo forzado y la clase del trabajo libre. El punto de vista de la división de la dicha no es esencial, cuando se trate de una clase superior; pero en todo caso, la raza de los que no trabajan es la más capaz de los sufrimientos, la que más sufre, se contenta con menos y su deber es mayor. Produzcase un cambio entre las dos clases, de suerte que las familias de más baja esfera y menos intelectuales desciendan de la clase superior á la inferior, y que al contrario, los hombres más libres de éste demanden el acceso á la superior; se encontrará un estado enfermizo, al través del que no se ve sino un océano de aspiraciones ilimitadas. Así nos lo dice la experiencia, la voz expirante de los tiempos antiguos; pero ¿dónde existen hoy oídos para oír esas palabras?

440. *Por la sangre.*—Lo que los hombres y las mujeres tienen por la sangre de ventaja sobre los demás, y lo que les da un derecho indiscutible á una estimación más alta, son dos artes que la heredad ha acrecentado más y más: el arte de saber mandar y el arte de la obediencia fiera. Pero sucede que en dondequiera que el mando constituye una faena diaria (como en el mundo del gran negocio y de la gran industria) se produce algo semejante á esas razas «por la sangre»; pero les falta la noble actitud en la obediencia, que en aquéllas es un legado de las condiciones feudales, y que en nuestro clima de civilización no debe acrecentarse.

441. *Subordinación.*—La subordinación, tan alta-

mente estimada en el estado militar y en el administrativo, llegará á ser pronto para nosotros tan increíble, como lo es ya la táctica particular de los jesuitas; y cuando esta subordinación no sea ya posible, habrá en ella una cantidad de efectos de los más sorprendentes que no podrán realizarse, y el mundo se verá empobrecido. Es necesario que desaparezca; pues desaparece su fundamento, que es la fe en la autoridad absoluta, en la verdad definitiva: aun en los Estados militares, la violencia física no basta para producirla, sino que es necesaria la adoración del carácter de príncipe como de algo sobrehumano. En un *estado de libertad mayor*, no se subordina uno sino bajo condiciones, por consecuencia de un contrato recíproco, partiendo siempre del interés personal.

442. *Ejércitos nacionales.*—El más grande inconveniente de los ejércitos nacionales, tan alabados de nuestros días, consiste en el desperdicio de hombres de la civilización más eminente; gracias á un dichoso acuerdo de todas las circunstancias existen todavía tales hombres,—¡con qué economía y qué reserva debería uno privarse de ellos, dado que es necesario tanto tiempo para crear las condiciones favorables á la producción de cerebros de organización tan delicada! Pero del mismo modo que los griegos se cebaban en la sangre de los griegos, lo hacen los europeos hoy en la sangre europea: y el hecho es que son relativamente siempre los mejor cultivados los más sacrificados, los que garantizan una posteridad rica y excelente; en efecto están en el primer rango en la lucha, encargados del mando, y son, por consiguiente, ellos los que, por su mayor ambición, se exponen más á los peligros. El grosero patriotismo romano es, hoy que se imponen deberes muy distinguidos y más levantados

que *patria* y *honor*, ó algo poco honorable, ó un índice de ideas retrógradas.

443. *La esperanza como pretensión.*—Nuestro orden social se fundirá lentamente, como ha pasado con todos los órdenes anteriores, luego que el sol de las ideas nuevas brille con nuevo ardor sobre los hombres. No se puede *desear* esta fundición sino esperándola, y no se puede razonablemente esperarla si uno se atribuye á sí mismo y á sus semejantes más fuerza en el corazón y en la cabeza que á los representantes de las cosas existentes. Así, de ordinario esta esperanza será una *pretensión*, un *exceso de estimación de sí mismo*.

444. *Guerra.*—En desprestigio de la guerra, puede decirse: la guerra hace al vencedor, bruto, y al vencido, malvado. Es favor de la guerra; introduce la barbarie en las dos consecuencias dichas, y por ello, conduce á la naturaleza: es para la civilización un sueño ó una invernada; el hombre sale de ella más fuerte para el bien y para el mal.

445. *En servicio del príncipe.*—Un hombre de Estado no sabría hacer nada mejor, á fin de poder actuar sin ningún escrúpulo, que realizar sus trabajos, no para él, sino para un príncipe. El brillo de ese desinterés completo ciega los ojos del espectador, de modo que no ve las perfidias y crueldades que entraña la labor del hombre de Estado.

446. *Cuestión de poder, no de derecho.*—Para los hombres que en todo consideran la utilidad superior, no hay en el socialismo, en el caso de que fuera realmente la sublevación de los hombres oprimidos, rebajados durante siglos, contra sus opresores, un problema de *derecho* (que comprende esta cuestión ridícula: «¿en qué medida *se debe* ceder á sus exigencias?»), sino solamente un problema de *poder* («¿en qué medida

*se puede ceder á sus exigencias?»*). Es, por consiguiente, igual á si se tratase de una fuerza natural, por ejemplo, del vapor que, ó bien está constreñido por el hombre á su servicio, como un genio de las máquinas, ó bien cuando hay defectos en la máquina, es decir, defectos de cálculo humano en su construcción, destroza la máquina y el hombre al mismo tiempo. Para resolver esta cuestión de poder, es necesario saber cuál es la fuerza del socialismo, bajo qué forma; en el juego actual de las fuerzas políticas puede ser utilizado en calidad de resorte poderoso; en ciertas condiciones sería necesario no omitir esfuerzo para fortificarlo. La humanidad debe, á propósito de toda gran fuerza— aun la más peligrosa—pensar en hacer de ella un instrumento para servir sus designios. Para que el socialismo adquiera un *derecho*, es necesario por de pronto que parezca haber venido para la lucha entre los dos poderes, los representantes de lo antiguo y de lo nuevo, y que entonces el cálculo prudente de las probabilidades de conservación y de utilidad en los dos partidos, haga nacer el deseo de un contrato. Sin contrato no hay derecho. Hasta ahora no hay en este terreno ni guerra ni contratos, y por consiguiente, tampoco derecho alguno ni «deber».

447. *Utilización de la pequeña falta de honradez.*—El poder de la prensa consiste en que cada individuo que esté á su servicio no se siente sino muy poco obligado y vinculado. El dice ordinariamente *su* opinión, pero también alguna vez *no la* dice, para servir á su partido, á la política de su país ó á sí mismo. Estos pequeños delitos de falta de honradez ó quizá solamente de silencio poco honrado, no son pesados para el individuo, pero sus consecuencias son extraordinarias, porque los cometen muchas personas á la vez. Cada

una de ellas se dice: «Por el precio de un tan pequeño servicio yo viviré mejor, podré encontrar mi subsistencia; por la ausencia de tan pequeños escrúpulos, no me haré imposible.» Como parece moralmente casi indiferente escribir una línea más ó no escribirla, y puede todavía hacerse esto sin firma, el hombre que posee dinero ó influencia puede hacer de cualquiera opinión la opinión pública. El que sabe que la mayor parte de los hombres son débiles en las cosas más pequeñas y quiere alcanzar por ellos sus propios fines, es siempre un hombre peligroso.

448. *Un tono demasiado alto en la requisitoria.*—Por el hecho de que una situación crítica (por ejemplo, la violación de una constitución, la concepción y el favoritismo en los cuerpos políticos ó de sabios) sea pintada en tonos muy exagerados, esa pintura pierde, es verdad, su acción sobre los clarividentes, pero actúa con mucha mayor fuerza aun sobre los que no lo son (á los que una exposición hecha con conciencia y medida habría dejado indiferentes). Pero como éstos constituyen inmensa mayoría y poseen mayores energías y deseo más impetuoso de ponerse en acción, esa exageración resulta la ocasión de informaciones, de castigos, de promesas, de reorganizaciones. Es, en este sentido, que es útil exagerar en la pintura de las situaciones críticas.

449. *Los arbitrios engañosos de la lluvia y del buen tiempo en política.*—Del mismo modo que el pueblo supone tácitamente en el hombre que se ocupa en el estudio de la lluvia y del buen tiempo y los anuncia con algún adelanto, el poder de hacerlos, del mismo modo también no pocas personas, aun cultas y sabias, atribuyen á los grandes hombres de Estado, con gran refuerzo de fe supersticiosa, todas las revoluciones y

coincidencias importantes que han tenido lugar durante su gobierno, como obra que les es propia, siempre que sea evidente que lo han sabido más pronto que otros, y en ello hayan fundado sus cálculos: se les toma, pues, igualmente, como dispensadores de la lluvia y del buen tiempo, y esta creencia no es lo que menos sirve á su poder.

450. *Nuevo y antiguo concepto del gobierno.*—Establecer entre el gobierno y el pueblo esta comparación: que dos esferas separadas de poder, la una más fuerte y superior, la otra más débil é inferior, tratarían y se unirían,—es un resto de sentimiento político transmitido por herencia, que en la mayor parte de los Estados corresponde aún exactamente á la constitución histórica de las relaciones de poder. Cuando, por ejemplo, Bismarck define la forma constitucional como un compromiso entre gobierno y pueblo, habla conforme á un principio que tiene su razón en la historia, y por consiguiente también, su grano de sinrazón, sin el cual nada humano puede existir. Por el contrario, se debe ahora aprender, conforme á un principio que es pura creación del cerebro y que no se halla aún sino en *visperas* de hacer historia, que el gobierno no es sino un órgano del pueblo y no un previsor y respetable *superior*, en relación á un *inferior* habituado á la modestia. Antes de admitir este enunciado, hasta aquí no histórico y arbitrario, aunque más lógico, del concepto de gobierno, considérense á lo menos sus resultados, pues las relaciones entre pueblo y gobierno son las relaciones típicas más fuertes sobre las cuales se modelan involuntariamente las relaciones entre profesor y alumno, amo y sirviente, padre y familia, jefe y soldado, patrono y aprendiz. Todas estas relaciones, bajo la influencia de la forma dominante del gobierno

constitucional, se modifican hoy algo; *Uegan á ser* compromisos. Pero ¡cuántas vicisitudes y cuántas deformaciones deberán soportar! ¡Cuántos cambios de nombre y de naturaleza, hasta que un concepto del todo nuevo se haya hecho en todas partes dueño de los cerebros! Es verdad que para ello podría faltar un siglo. Á este fin nada es *más* de desear que la prudencia y la evolución lenta.

451. *Justicia como palabra de orden de los partidos.*—Puede muy bien ser que representantes nobles (aunque no muy inteligentes) de las clases dirigentes tomen este empeño: «Vamos á tratar á todos los hombres como iguales, á reconocerles derechos iguales; en este sentido, una concepción socialista que descansa en la justicia es *posible*, pero como he dicho, sólo en el seno de la clase dirigente, que en este caso *ejerce* la justicia por sacrificios y abdicaciones. Por el contrario, *reclamar* la igualdad de los derechos, como lo hacen los socialistas de las clases dirigidas, no es nunca emanación de la justicia, sino de la codicia. Muéstrense á una fiera pedazos de carne sangrienta en sus proximidades; retíreselos después, hasta que ella ruja; ¿pensáis que este rugido signifique justicia?

452. *Propiedad y justicia.*—Cuando los socialistas prueban que la división de la propiedad en la humanidad actual es consecuencia de innumerables injusticias y violencias, y que declinan *in summa* toda obligación hacia una cosa cuyo fundamento es tan injusto, no consideran sino un hecho aislado. Todo el pasado de la antigua civilización está fundado en la violencia, la esclavitud, el engaño, el error; pero nosotros, herederos de todas las condensaciones y circunstancias de ese pasado, no podemos anonadarlo por decreto, ni tenemos tampoco derecho para suprimir de él ni un solo

pedazo. Los sentimientos de injusticia están igualmente en las almas de los no poseedores; no son mejores que los poseedores y no tienen ningún privilegio moral, pues han tenido alguna parte de los antiguos poseedores. No es de nuevas particiones hechas por la violencia sino de transformaciones graduales de las ideas, de lo que tenemos necesidad; es necesario que en todos la justicia se robustezca y se debilite el instinto de la violencia.

453. *El hombre de barra de las pasiones.*—El hombre de Estado provoca las pasiones públicas para sacar el provecho de la pasión contraria que aquéllas despiertan. Tomemos un ejemplo: un hombre de Estado alemán sabe bien que la Iglesia católica no tendrá jamás designios idénticos á los de la Rusia, que aun antes que á ella se uniría á los turcos; de otro lado, sabe que todo peligro de alianza entre Francia y Rusia es una amenaza para Alemania. Si puede entonces hacer de la Francia el hogar y trinchera de la Iglesia católica, encuentra que se ha descartado por largo tiempo de ese peligro. Tiene, por consiguiente, interés en mostrar odio contra los católicos, y por medio de hostilidades de toda naturaleza en hacer de aquéllos que reconocen la autoridad del Papa una potencia política apasionada, que será hostil á la política alemana y naturalmente se amalgamará con la Francia en calidad de adversario de Alemania: tiene como fin la catolización de la Francia, tan necesariamente como Mirabeau veía en su descatoización la salvación de su patria. Un Estado se propone así el oscurecimiento de millones de cerebros en otro Estado, para sacar de ese embrutecimiento el mayor provecho. Es la misma tendencia de espíritu que presta apoyo al establecimiento en el Estado vecino de la

forma republicana—*el desorden organizado*, como dice Merimée—por la sola razón de que cree que esta forma de gobierno hace al pueblo más débil, más dividido, menos apto para la guerra.

454. *Los espíritus peligrosos entre los revolucionarios.*—Deben distinguirse los que sueñan en una sublección de la sociedad, en personas que quieren alcanzar algo para sí mismos y en personas que lo quieren para sus hijos y sus nietos. Los últimos son más peligrosos porque tienen la fe y la recta conciencia del desinterés. Los otros pueden ser hartados: la sociedad que domina tiene siempre para esto recursos y medios eficaces. El peligro comienza luego que el fin se hace impersonal; los revolucionarios por interés impersonal pueden considerar á todos los defensores del estado de cosas existente como egoísta, y por lo tanto, creerse superiores á ellos.

455. *Importancia política de la paternidad.*—Cuando el hombre no tiene hijos no tiene derecho integral para deliberar sobre las necesidades de un Estado particular. Es necesario que se haya aventurado como los demás lo que hay de más caro: solo esto une sólidamente al Estado; es necesario que uno considere la dicha de su posteridad, suponiendo que uno tenga antes que todo una posteridad para tomar en todas las instituciones y en sus cambios una parte equitativa y natural. El desenvolvimiento de la moral superior depende de que cada cual tenga hijos; esto le independiza del egoísmo; ó con mayor precisión; esto extiende su egoísmo por la duración y hace que persiga con celo fines que van más allá de su existencia individual.

456. *Orgullo de los abuelos.*—Se puede con justo título estar orgulloso de una línea no interrumpida de

abuelos *buenos*, de padre á hijo,—pero no de la línea misma; pues cada cual tiene otra semejante. La descendencia de abuelos buenos constituye la verdadera nobleza del nacimiento; una sola solución de continuidad en esa cadena, un solo antepasado malo suprime esa nobleza. Se debe preguntar á cualquiera que hable de su nobleza: ¿No tienes tú entre tus antecesores ningún hombre violento, avaro, extravagante, malvado, cruel? Si él puede con toda ciencia y conciencia responder que no, procuremos su amistad.

457. *Esclavos y obreros.*—El hecho de que demos mayor importancia á una satisfacción de vanidad que á cualquiera otra ventaja (seguridad, abrigo, placeres de toda especie), se muestra en un grado ridículo en que cada cual (prescindiendo de las razones políticas) anhela la abolición de la esclavitud y rechaza con horror la idea de colocar á los hombres en ese estado: mientras que lo que cada cual debe decirse, es que los esclavos tienen bajo todo aspecto una existencia más segura y más dichosa que el obrero moderno, que el trabajo servil es poca cosa comparado con el trabajo del obrero. Se protesta en nombre de la «dignidad humana»; pero, hablando claramente, en nombre de esa brava vanidad que mira como la más dura suerte no estar en un pie de igualdad absoluta, ser contado públicamente como inferior. El cínico piensa de diversa manera acerca de esto, porque desprecia el honor, y así es como Diógenes fué un tiempo esclavo y preceptor doméstico.

458. *Espíritus dirigentes y sus instrumentos.*—Vamos á los grandes políticos y en general á todos los que deben servirse de muchos hombres para la ejecución de sus planes, proceder tan pronto de una manera como de otra: ó bien eligen con mucha indagación y

cuidado los hombres que convienen á sus designios, dejándoles entonces una libertad relativamente grande, al saber que la naturaleza de las personas elegidas conducen justamente en la dirección en que ellos mismos quieren tenerlas; ó bien las escogen mal, y aun toman lo primero que se les presenta al alcance de la mano, pero formando de esa arcilla algo que sirve para sus fines. La segunda especie de espíritus es la más violenta, exige también instrumentos más dominados; su conocimiento de los hombres es, por lo común, mucho menor; su desprecio por los hombres más grande que entre los primeros; pero la máquina que construyen, por lo general trabaja mucho mejor que la máquina que sale de los talleres de aquéllos.

459. *Necesidad de un derecho arbitrario.*—Los juristas disputan sobre si el derecho más completamente profundo por la reflexión, ó el más fácil de comprender, es el que debe triunfar en un pueblo. El primero, cuyo modelo eminente es el derecho romano, parece al profano incomprensible y que no es, por lo tanto, expresión de su sentimiento del derecho. Los derechos populares, por ejemplo, los derechos germánicos, eran groseramente supersticiosos, ilógicos, en parte absurdos, pero respondían á costumbres y á sentimientos nacionales hereditarios muy determinados. Pero allí donde, como entre nosotros, el derecho no es una tradición, no puede ser sino *imperativo*,—obligatorio;—no tenemos ya sentimiento del derecho tradicional, y, por consiguiente, debemos contentarnos con *derechos arbitrarios*, expresiones de la necesidad de que es menester que haya un derecho. El más lógico es entonces el más aceptable porque es *el más imparcial*; y esto aunque se acordara que en todos los

casos la unidad más pequeña en la relación del delito á la pena está fijada arbitrariamente.

460. *El grande hombre del vulgo.*—La receta para hacer lo que el vulgo llama un grande hombre, es fácil de darse. Cualesquiera que sean las circunstancias, procuradle algo que le sea muy agradable ó metedle en la cabeza que esto ó aquello es muy agradable y se lo dais después. Pero nunca en seguida: conquistadle con grandes esfuerzos, ó fingid conquistarle. Es necesario que el vulgo tenga la impresión de que hay en ello una fuerza de voluntad poderosa casi incontrarrestable; por lo menos, es necesario que parezca que existe. La voluntad fuerte es admirada por todo el mundo porque nadie la tiene, y porque cada cual se dice que si la tuviera no habría límites para él ni para su egoísmo. Que se demuestre entonces que semejante voluntad fuerte produce algún efecto muy agradable para el vulgo, en lugar de oír los votos de su codicia, y se le admira una vez más y se felicita á sí mismo. Por lo demás, que tenga todas las cualidades del vulgo: cuanto menos se sonroje, más popular es. Así: que sea violenta, envidiosa, explotadora, intrigante, engañadora, rastrera, hinchada de orgullo, todo según las circunstancias.

461. *Príncipe y Dios.*—Los hombres se conducen bajo muchos respectos con su príncipe como con Dios, como que muy á menudo fué el representante de Dios ó á lo menos su gran sacerdote. Esta disposición de veneración, de inquietud y de respeto casi penoso se ha hecho y es ahora mucho más débil, pero algunas veces reaparece y se vincula por lo general en los personajes poderosos. El culto del genio es una reminiscencia de esta veneración de los príncipes-dioses. Dondequiera que uno se esfuerce por elevar á los

hombres individualmente á lo sobrehumano, nace también la propensión á representarse generaciones enteras del pueblo como más groseras y más bajas de lo que son en realidad.

462. *Mi utopia.*—En un mejor orden de sociedad, el trabajo penoso y la dificultad de la vida serán atribuidas al que sufra menos, es decir, al más estúpido, y así, por grados, hasta aquel que sea el más accesible á las especies más refinadas del sufrimiento, y que por consiguiente, aun en el mayor alivio de la vida, sufre sin embargo.

463. *Ilusión de la teoría de la revolución.*—Hay soñadores políticos y sociales que gastan calor y elocuencia en reclamar un cataclismo en todos los órdenes, en la creencia de que por efecto del mismo, por decirlo así, se levantaría bien pronto el más soberbio templo de una bella humanidad. En estos sueños peligrosos persiste un eco de la superstición de Rousseau que cree en una bondad de la humana naturaleza, maravillosa, original, pero, por decirlo así, *enterrada*, y pone en cuenta á las instituciones de civilización, á la sociedad, al Estado, á la educación, toda la responsabilidad de ese entierro. Desgraciadamente se sabe por experiencias históricas que todo convulsionamiento de ese género resucita de nuevo las energías más salvajes, los caracteres más horrorosos y más desenfrenados de las edades anteriores; que, por consiguiente, un trastorno tal puede ser una fuente de fuerza para la humanidad inerte, pero no ordenador, arquitecto, artista, perfeccionador de la naturaleza humana. No es la naturaleza de Voltaire, con su moderación, su tendencia á arrancar, á purificar, á modificar, sino las locuras y cuasi mentiras de Rousseau lo que ha despertado el espíritu optimista de la Revolu-

ción contra el cual yo grito: ¡*Aplastad al infame!* Por él el espíritu de las luces y la de evolución progresiva, han sido desterrados para largo tiempo: ¡veamos—cada uno á solas consigo mismo,—si es posible repatriarlo nuevamente y en seguida!

464. *Medida.*—La plena decisión del pensamiento y de la indagación, y por tanto que la libertad del espíritu, se ha tornado en calidad del carácter, hace mesuradas las acciones puesto que debilita la codicia, atrae hacia sí mucha parte de la energía de que se dispone, en provecho de fines intelectuales, y muestra la semi-utilidad ó la inutilidad y el peligro de todos los cambios bruscos.

465. *Resurrección del espíritu.*—En la enfermedad política, un pueblo se rejuvenece y recupera ordinariamente su espíritu, que perdió poco á poco en la indagación y conquista del porvenir. La civilización no es deudora sino á los tiempos políticamente débiles.

466. *Ideas nuevas en la vieja casa.*—El convulsionamiento de las ideas no es inmediatamente seguido del convulsionamiento de las instituciones; sino que las ideas nuevas habitan largo tiempo en la casa de sus predecesores que se ha hecho desolada é incómoda y aún la conservan, por falta de alojamiento.

467. *La instrucción pública.*—La instrucción en los grandes Estados será, cuando más, mediocre, por la misma razón que hay para que en las grandes cocinas se cocine, cuando más, medianamente.

468. *Corrupción inocente.*—En todas las instituciones en que no llega á soplar el aire penetrante de la crítica pública, la menor corrupción inocente brota y crece como un hongo (por ejemplo, en las corporaciones sabias y en las academias).

469. *El sabio como hombre político.*—A los sabios